

## Y ASÍ, LA HICE MÍA

Daniela Gutiérrez Escobedo

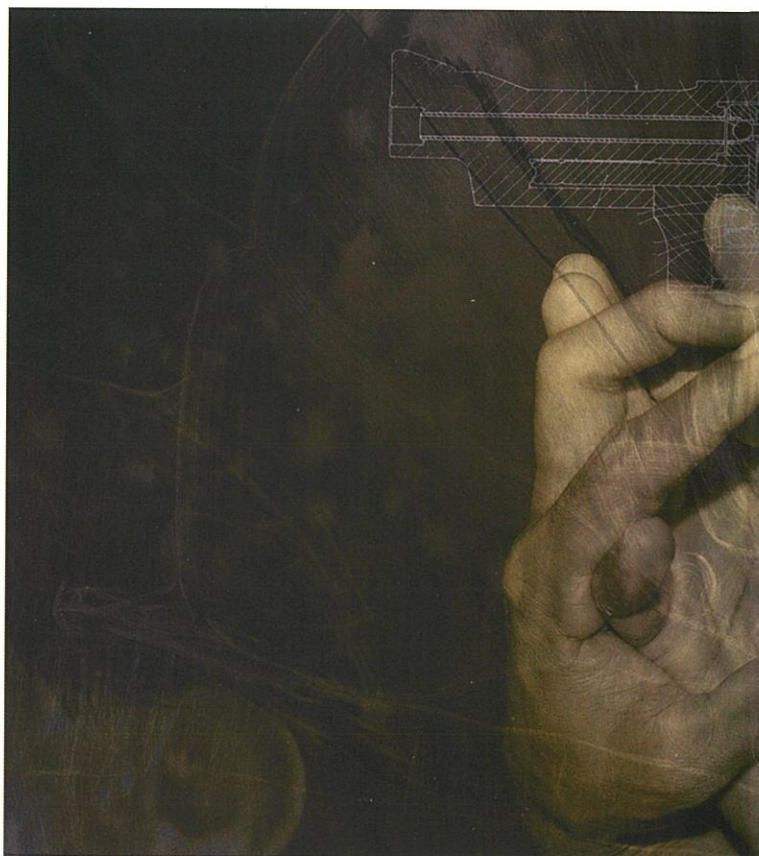
**N**o fue la luz de la mañana, la que filtrándose entre las cortinas, me despertó. No fue el necio sonido de mi celular vibrando en mi saco, o los ruidos de la calle, los que me hicieron abrir los ojos. Fue ese gato gordo, grande, impetuosamente negro, que lamía mi barba, y ronroneaba contoneándose por mi cabeza. Un poco enfurecido, lo bajé de un golpe de la cama. Y después de un maullido de reclamo, corrió saliendo de la habitación... para dejarme con ella.

Era la primera mañana que despertábamos juntos. La primera vez que mi cama había guardado su perfume. La había hecho mía, después de numerosos intentos. La había poseído de esa forma que solo un hombre que desea sin escrúpulos a una mujer, conoce. Había descubierto los secretos de su cuerpo. Había sentido el desconcierto de una mujer en los brazos de un cabrón. De un hijo de puta, como yo.

Sí, no era la primera mujer que había visitado mi cama, y tampoco era la más hermosa de todas. Pero algo la hacía diferente. Era la primera a la que en verdad me gustaba hacer reír. Me gustaba la manera en la que quería dominar mis impulsos, de besarla por ejemplo. Me gustaba la cara que ponía cuando se enojaba, cuando me besaba, cuando la excitaba. Volteé la cabeza para verla dormir. Estaba acostada sobre un lado. Tenía los labios ligeramente abiertos. Un mechón de su cabello cruzaba su frente. Alcé con cuidado las sábanas blancas, para ver su cuerpo desnudo. Esas curvas forradas de esa piel tersa, blanca. Pasé delicadamente las yemas de mis dedos desde su hombro hasta su muslo y de regreso. Rocé apenas sus labios y sus cejas.

En otras circunstancias, me habría levantado de la cama, me hubiera dado un baño. Le habría inventado un pretexto, para sacarla de mi casa, y de mi cama para no volver a verla jamás. Así era yo. Una relación sentimental, implicaba demasiado caos, demasiada entrega. Una mujer enamorada, o ilusionada, podría arruinar la seguridad que la soledad me proporcionaba. Y esa, no pensaba dejarla por nadie. Ni siquiera por ella. Y digo ni siquiera, porque ese día, aunque la idea de levantarme me pasó por la cabeza, preferí dejarla dormir al lado mío. La sensación me gustaba.

De repente, un dolor punzante atacó mi pierna derecha. Alcé la sábana para ver de qué se trataba, y vi mi muslo arañado.



Torso desarmado III, 2009. Fotomontaje digital, 22" x 30" (detalle).

Un arañero grotesco, grande, profundo. Me senté sobre la cama asustado, preguntándome qué había pasado. Miré mi pierna de nuevo, y cuando estiré mi brazo para tomar un pañuelo de la cómoda para limpiarme un poco la sangre, descubrí un par de moretones en mi brazo. Miré el otro, y ahí también había un par. El corazón se me quería salir del pecho. Los recuerdos de la noche asaltaban mi cabeza. Me jalé el pelo sentado en la cama, me tapé la boca, para no dejar escapar un grito de horror.



Jinete de junio, 2004. Óleo sobre lienzo, 48" x 72" (detalle).



Sabía que tenía que voltear en algún momento, pararme de la cama. Limpiar el desastre que rodeaba el cuarto... La lámpara rota en el piso, los trozos del espejo hechos pedazos. Me paré de la cama, sudando, con taquicardia. Intenté respirar. Hubiera sido más fácil ponerme a llorar. Di la vuelta, para enfrentarme con ella. Ella... yacía tendida de un lado. Le di la vuelta a la cama. Y fue entonces que vi su espalda desnuda, manchada en sangre. Una gran mancha roja le adornaba el cuerpo, como una gran ala. Un ala roja, un ala perfectamente dibujada. La cargué y el peso de la muerte sobre mis brazos, me hizo tirarme al piso, con ella encima.

Recordé como reíamos tomando unas copas de vino en mi sala la noche anterior y entonces, yo.... Quise besarla, y ella se negó. Yo, tomé su nuca y la obligué a acercarse a mis labios. Pero ella con su mano puso presión en mi pecho y un poco asustada, me empujó. Se levantó tomando su bolsa, caminó hacia la puerta. No podía dejarla ir, no quería. Me levante enseguida. La tomé del pelo, la arrastré hacia mi habitación. Ella gritaba. Intentaba encajarme las uñas en las manos, para que la soltara.

En el arco de la puerta de mi habitación la levanté. Sobre sus mejillas ya rodaban unas cuantas lágrimas, y su mirada

de terror me excitaba. “¿Qué haces? ¡Déjame!”, suplicaba. Y forcejeando inútilmente, intentaba zafarse de mí. Yo, que le besaba el cuello, que le encajaba la lengua en la boca, en el pecho. Yo, que le subía el vestido negro para agarrarle las piernas. “¿No ves que te necesito?” Le susurré al oído, y como respuesta, me escupió.

Le di una bofetada. Y como si alguna vez lo hubiera hecho, me pateó con la rodilla en mi sexo. Hizo doblarme, pero no perder del todo la fuerza. Antes de que pudiera abrir la puerta de la habitación para salir corriendo, la tomé del pelo, y la aventé a la cama. Se bajó cayendo de rodillas al suelo. Tomó la lámpara de madera de la cómoda y me pegó con ella en la pierna, y en los brazos. La abofeteé de nuevo y eso la desorbitó un poco. La subí de nuevo a la cama. Y como rindiéndose ante mí, lloró. La desnudé. Nunca la había visto desnuda, y lo que se encontraba debajo de esa tela, me gustaba tanto.

Le rompí las bragas, la tomé fuerte del pelo, y la hice verme. Primero gritó. Después lloró. Después, callada se dejaba domar. Se dejaba como si no tuviera remedio. Con la mirada perdida en la nada, y con las lágrimas cayendo, se dejaba tomar por mí. Cuando terminé, tomé un abrecartas de plata que me había regalado mi padre de niño. Lo pasé por su espalda, frío. No lo pensé mucho, tan solo lo encajé. Justo en ese lunar que adornaba esa larga y definida espalda. Después la acomodé, para que durmiera al lado de mí.

Sería la primera mañana que despertábamos juntos. La primera vez que mi cama había guardado su perfume. La habría hecho mía, después de numerosos intentos. La habría poseído de esa forma que solo un hombre que desea sin escrúpulos a una mujer, conoce. Había descubierto los secretos de su cuerpo. Había sentido el desconcierto de una mujer en los brazos de un cabrón.

De un hijo de puta, como yo.